

afanes e inquietudes que agitan al hombre y de los vaivenes y crisis que conoce o puede conocer nuestra cultura» (pp. 116-117).

Unidad del pensar, integración y recíproca interacción de fe y experiencia humana, son expresiones todas que finalmente apuntan al presupuesto insoslayable de la fe cristiana: la encarnación, mediante la cual el Hijo «se ha unido en cierto modo a todo hombre». Desde ese momento todo hombre, y todo lo humano, queda referido a Cristo, de tal modo que sólo en Cristo puede el hombre percibir la verdad plena sobre su propio misterio («la verdad del hombre», en expresión querida a Juan Pablo II), y llegar al fondo de su verdadera personalidad como ser «llamado» por Dios en Cristo. En todas las inquietudes, atisbos, experiencias humanas, hay preanuncios de Cristo, que sólo en El encuentran su clarificación definitiva, como clave hermenéutica de toda la realidad, por cuanto en Cristo la revelación ha llegado a su culmen.

J. R. VILLAR

Josep M^a. ROVIRA BELLOSO, *Introducción a la teología*, BAC, Madrid 1996, 359 pp., 14, 5 x 21, 5. ISBN 84-7914-222-7

Ha sido un acierto encomendar el manual de «Introducción a la teología» de la colección *Sapientia Fidei* al profesor Rovira Bellosó, cuyos largos años de docencia de la teología en la Facultad de Cataluña le acreditan como teólogo idóneo para realizar esta tarea. Como él mismo indica en el prólogo, «al final de la enseñanza, se saborean de verdad los contenidos de la teología» (p. XVIII). Este libro es obra de un autor maduro, que recoge lo sembrado durante quince años de docencia de esta asignatura. Para presentar el libro, iré describiendo el contenido de los diez capítulos en que se divide haciendo también algunas observaciones que considero de interés.

Rovira inicia su manual situando la teología en el contexto de la revelación y la fe, tarea que, sin duda, resulta necesaria pues la teología resulta incomprensible si no se introduce al alumno en las categorías fontales de revelación y fe. En realidad, el autor concentra su esfuerzo en la categoría de revelación, por lo que su exposición debería ser completada con una presentación de la fe como acogida de esta revelación. Partiendo de la observación de que Dios permanece misterioso aun en su revelación, el autor va mostrando diversos aspectos de la revelación en cuanto comunicación personal de Dios para concluir con una visión trinitaria del concepto: «La

Revelación —afirma— es esta Trinidad personal dándose a los hombres en la Encarnación del Hijo, en la Cruz y en la donación del Espíritu por Jesús glorioso» (p. 19). A continuación se centra en Jesucristo como revelador pleno y, en concreto, en el acontecimiento de su muerte y resurrección. El profesor Rovira se detiene especialmente en la exposición de la resurrección de Jesús, su valor, su significado y los motivos de credibilidad. Este primer capítulo concluye con una referencia a la vida cristiana: es posible encontrarse actualmente con Jesucristo resucitado, especialmente en la Fracción del Pan.

El capítulo siguiente —que se titula «Teología y teologías»— entra ya en el núcleo de la materia. En una primera parte se ofrece una aproximación al concepto de teología, que es caracterizada como discurso humano sobre Dios y como respuesta a la revelación de Dios. Puede ser, por ello, calificada también de «ciencia de la revelación» o «ciencia de la fe». La teología surge —se explica— de la necesidad de narrar el acontecimiento de la fe y de expresar conceptualmente lo que significa, y de la tendencia de la fe a expresarse como saber. En la segunda parte del capítulo se contempla la pluralidad de teologías dentro de la misma fe desde dos perspectivas concretas: la diversidad histórica y la metodológica. Para exponer la diversidad histórica se explica de modo muy sucinto la evolución de la teología desde sus orígenes patrísticos. La diversidad metodológica es expuesta mostrando la división de la teología en teología fundamental, teología positiva y teología sistemática.

A continuación se afronta una de las cuestiones claves en los tratados de introducción a la teología: la cuestión del carácter científico de la teología. El tema se inicia con la pregunta de cuándo la teología empezó a ser considerada como ciencia. Según el autor, esto no tendrá lugar hasta que «la reflexión filosófica se constituya como método de reflexión sobre la revelación cristiana» (p. 82). La mayor parte del capítulo se dedica a exponer el tratamiento medieval de la cuestión. Para ello se describe el concepto de ciencia aristotélico y se presentan las posturas de Tomás de Aquino y Enrique de Gante. Es interesante observar cómo para Enrique de Gante la teología es no sólo ciencia de conclusiones, sino también una ciencia inductiva, aunque quizás esta cuestión está tratada con excesiva amplitud. A la relación de la teología con el concepto moderno de ciencia sólo se dedican unas pocas páginas al final, donde se expone principalmente la visión de W. Pannenberg.

Otra cuestión ya clásica en los manuales de introducción a la teología es la de las fuentes de la teología. Rovira aborda esta cuestión en el capítulo cuarto y centra su exposición en la doctrina de Melchor Cano, que fue

quien perfiló el concepto de «lugar» como fuente de los contenidos de la teología. Tras exponer el número de *loci* y su contenido, el autor se pregunta acerca de la suficiencia de la clasificación de Cano. Rovira piensa que muchos lugares que hoy se presentan como nuevos podrían ser asumidos en la clasificación del teólogo salmantino. Así, por ejemplo, la experiencia del Pueblo de Dios o los signos de los tiempos pueden referirse a lo que se consideran lugares impropios o extrínsecos: la razón humana, los filósofos y la historia. No sucede lo mismo con los tres nuevos lugares propuestos por el teólogo Jared Wicks, puesto que estos tienen un matiz sobre todo vital: la liturgia, la vida de los santos y la experiencia de las Iglesias locales. En este capítulo Rovira se limita a explicar el primero de estos lugares antes de pasar valorar de modo global los *loci* de Cano y su influencia.

El capítulo más original de la obra lo constituye el quinto, donde Rovira estudia lo que denomina «mediaciones» de la teología. Con esta expresión se refiere a las diversas ciencias que son asumidas por la teología. El autor se centra sobre todo en las ciencias humanas destacando la mediación de la historia, la hermenéutica, la filosofía, la sociología y el psicoanálisis. La exposición comienza destacando la importancia de la hermenéutica como mediación que permite alcanzar el sentido de los hechos y acontecimientos pasados. Se describe después en líneas generales lo que es la hermenéutica bíblica y la conciliar. Este hubiera sido quizás el momento oportuno para introducir la cuestión de la interpretación de los dogmas. De la mediación racional se destaca su necesidad y se pone de relieve que el mismo texto bíblico sugiere una filosofía. La fe, en efecto, genera su propia racionalidad. Aquí se menciona el tema de la razón ilustrada por la fe como instrumento de la teología, cuestión que no es abordada con amplitud en ningún lugar de la obra. La exposición de la mediación socio-analítica se centra en la teología de la liberación, con la que se muestra disconforme, especialmente por su postulado de la necesidad de la sociología para acceder a la realidad. Rovira dedica muchas páginas a exponer las razones y límites de esta teología, una exposición oscurecida en ocasiones por las excesivas alusiones a debates personales sostenidos por el autor. Finalmente, se destaca la mediación psicoanalítica, en referencia expresa a E. Drewermann, de quien el autor se distancia críticamente. En un breve apartado se menciona también al arte como posible mediación.

La lectura de este capítulo suscita que nos planteemos dos cuestiones. La primera se refiere a si todas las mediaciones tratadas por Rovira tienen el mismo valor. El mismo autor califica a algunas —como la filosofía— de necesarias, mientras que otras no resultan indispensables. Si esto es así,

¿por qué se ha ofrecido un tratamiento indiscriminado de todas las mediaciones? La segunda cuestión es si tales mediaciones son todas las que existen. A este propósito me parece que Rovira no tiene suficientemente en cuenta la importante mediación que ejercen también las ciencias positivas o experimentales tanto en la dogmática (piénsese en la mediación de la física y la astronomía para un correcto planteamiento de la doctrina de la creación) como en la moral (mediaciones de la biología, genética, etc. para la resolución de las cuestiones morales).

El autor dedica los siguientes capítulos a desarrollar los tres lugares tradicionales acerca del saber teológico: la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio. El capítulo sexto —sobre la Sagrada Escritura— se divide en tres partes. En la primera, se presenta la Escritura como libro de la comunidad de fe, que es la que lo reconoce como Palabra de Dios. Por ello —se advierte— la Escritura debe ser leída e interpretada en la Iglesia. La segunda parte aborda la relación entre exégesis y teología. Se insiste —siguiendo al documento sobre «La interpretación de la Biblia en la Iglesia»— en que la necesidad de interpretar la Sagrada Escritura con exactitud científica convierte en indispensable la exégesis para la teología. En la última parte se trata de determinar el régimen y función de la Escritura en el seno de la teología. Para ello se explica la expresión conciliar «alma» de la teología y se expone después de modo concreto la aportación que los estudios escriturísticos pueden realizar a la teología. El capítulo termina con un *excursus* en el que se ofrece un ejemplo de cómo el teólogo puede partir de un texto bíblico (en este caso, las tentaciones de Jesús) y, teniendo en cuenta los datos de la exégesis, elaborar una reflexión teológica.

La exposición de la Tradición —capítulo séptimo— se divide en dos partes. En la primera se describe con mucha claridad el concepto católico de Tradición, mostrando sus raíces bíblicas y el desarrollo de la idea de Tradición en los primeros siglos hasta Trento. Al tratamiento del tema clásico de las mediaciones de la Tradición apenas dedica unas líneas. En la segunda parte se estudian algunas cuestiones teológicas más concretas: la relación Escritura y Tradición y las aportaciones del Concilio Vaticano II.

Por último, en el capítulo octavo se estudia al Magisterio eclesial. Rovira comienza preguntando qué es el Magisterio y cuántos tipos de Magisterio hay. En un segundo momento se estudia —de modo sobrio— lo que es un dogma. En este contexto se incluye el tratamiento de las calificaciones teológicas. En la exposición del Magisterio, Rovira se detiene sobre todo en la relación entre Magisterio y teología. Es en este lugar donde se subraya la eclesialidad de la teología y la función del teólogo en la Iglesia. Más adelante se ofrecen una serie de sabios consejos prácticos como «cami-

nos de normalización» de la relación entre teólogos y pastores. El capítulo termina con un *excursus* sobre la constitución del sujeto teológico.

Los dos últimos capítulos se ocupan de dos cuestiones de gran interés en nuestros días: el lenguaje teológico y la inculturación de la fe. El capítulo sobre el lenguaje teológico comienza exponiendo —de modo fragmentario— el surgimiento y la historia de la cuestión. Tras ello se afirma que la revelación cristiana tiene un carácter narrativo y simbólico y se dedican los siguientes apartados a esclarecer esta idea. En el contexto de la narración se menciona la cuestión de la analogía, que, sin embargo, apenas es desarrollada. Rovira se limita a situar la analogía en el contexto del lenguaje simbólico. Con el fin de evitar confusiones, se dedica un *excursus* a mostrar el carácter veritativo de los símbolos. Finalmente se insiste en que también la estructura de la fe es simbólica.

El último capítulo se dedica a la cuestión de la inculturación. Rovira explica que la inculturación es la interacción (fecundación) de la fe en las culturas y cómo la fe es regida por el principio de la Encarnación. La fe, aun trascendiendo las culturas, se encarna en ellas y, al hacerlo, discierne los valores culturales. Una vez establecidos los principios, Rovira se centra en la cultura moderna, como ámbito de la inculturación de la fe en occidente, mostrando sus elementos positivos pero también sus ambigüedades. Se pone de relieve cómo la teología no puede retroceder a un punto pre-moderno sino que debe entrar en el proceso de la modernidad aportando la visión de fe. El capítulo concluye preguntándose por las fronteras de la inculturación y los criterios y etapas de la misma.

Tras la exposición del contenido de la obra, se debe subrayar que estamos ante un libro sólido y de gran valor. Rovira tiene en cuenta los tratados clásicos sobre el tema y aborda las mismas cuestiones desde una perspectiva actual, sin olvidar por ello la tradición patristica ni a los grandes maestros del quehacer teológico. Tanto el esquema de exposición y como el desarrollo de los contenidos servirán sin duda para el fin propuesto: ayudar a que los alumnos de las Facultades y Seminarios se introduzcan en la apasionante tarea de hacer teología.

F. CONESA

Manuel BELDA, José ESCUDERO, José Luis ILLANES, Paul O'CALLAGHAN (dirs.), *Santidad y mundo. Actas del Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá* (Roma, 12-14 de octubre de